

Juan Domingo Argüelles: de una poética existencial a los poemas satíricos

Raúl Cáceres Careño

Cuando tú te hayas ido
y cuando yo también ya me haya ido
y cuando todos
los que nos conocieron se hayan ido
nadie dirá "se amaron",
"sufrieron por amor",
"se desollaron",
"ardieron de placer,
desesperados";
nadie se acordará,
pues los que aman
inventan el amor cada mañana.

(En *A la salud de los enfermos*, Joaquín Mortiz, México, 1995).



Con el reciente poemario de Juan Domingo Argüelles, cuyo título invoca —quizá involuntariamente— las malévolas alegorías de Augusto Monterroso, asistimos al momento inaugural, augural, de una nueva edad de razones poéticas en la obra lírica de este autor en dinámica renovación y cambio.

Poeta en diálogo con el lector desde los 24 años (*Yo no creo en la muerte*, 1982) Juan Domingo ha sostenido siempre una voluntad creativa y expresiva que a mis ojos se deslinda en dos pasiones reconocibles, rigurosas: el tiempo humano solidario con la circunstancia del prójimo, del vecino, y la exigencia de transformar este tiempo humano en instantáneas verbales armoniosas, es decir, en lenguaje poético: en *Poiesis*, en el *ars amandi* del idioma. El oficio de la poesía es así, nuevamente, el arte mayor de la literatura, ya que persiste en el esmero y la fineza (la firmeza) de transmutar la hora que pasa en tiempo, la pasión en forma y la palabra en luz.

Siento que en la obra de creación lírica de Juan Domingo Argüelles nos hablan pertinazmente el mar, las albas merecidas, los inviernos del ser, la luz y

las tinieblas, el agua que pasa bajo todos los puentes, el puente que se tiende "del horizonte de uno al horizonte de los demás", como lo pedía Paul Eluard, y aun la paradójica pero posible *A la salud de los enfermos* (título del poemario anterior, Premio Nacional de Poesía Aguascalientes 1995). Y creo que esta obra nos ha dado ya dos realizaciones trascendentales, tanto para la continuidad de la palabra poética que a este poeta fue destinada como para la verdadera historia de la poesía mexicana.

En mi convicción de lector vitalicio de Juan Domingo y para mi gusto personal (recordemos que "En gustos/ se rompen/ Géneros/ Literarios") una de estas realizaciones es el entrañable responso elegíaco, de hondo sentimiento filial, "Cuaderno de Bitácora", donde se escucha, se toca un clarísimo llanto que en la estrofa final alcanza las elecciones plenas del alma humana, devastada pero también redimida, depurada por la vida:

He perdido a mi padre mientras más
[lo ganaba.

Por eso ahora lo saco de mi sueño;
le doy estas palabras y un anzuelo
para que no me pierda mientras
[duermo.

Padre (le digo en sueños)
lo que aprendí de ti te lo regreso.
Voy a dormir, es todo, pues nunca
[más seré

como ayer había sido.

(En *Canciones de la luz y la tiniebla*, UNAM, México, 1991).

Ya en otro territorio de la ventura y la aventura poéticas de Argüelles, vemos en el concentrado poema "Avenida Héroe" (*Agua bajo los puentes*, 1993) una ins-

Raúl Cáceres Careño. Poeta y escritor. Ha publicado, entre otros títulos, *La flama del tiempo* (1989), *Salutación al Dios Tolo* (1993), *Ángel María Garibay: el poeta* (1992), *Saint-John Perse: El mar y el hombre* (1994) y *Acinacal: La canica* (1996)

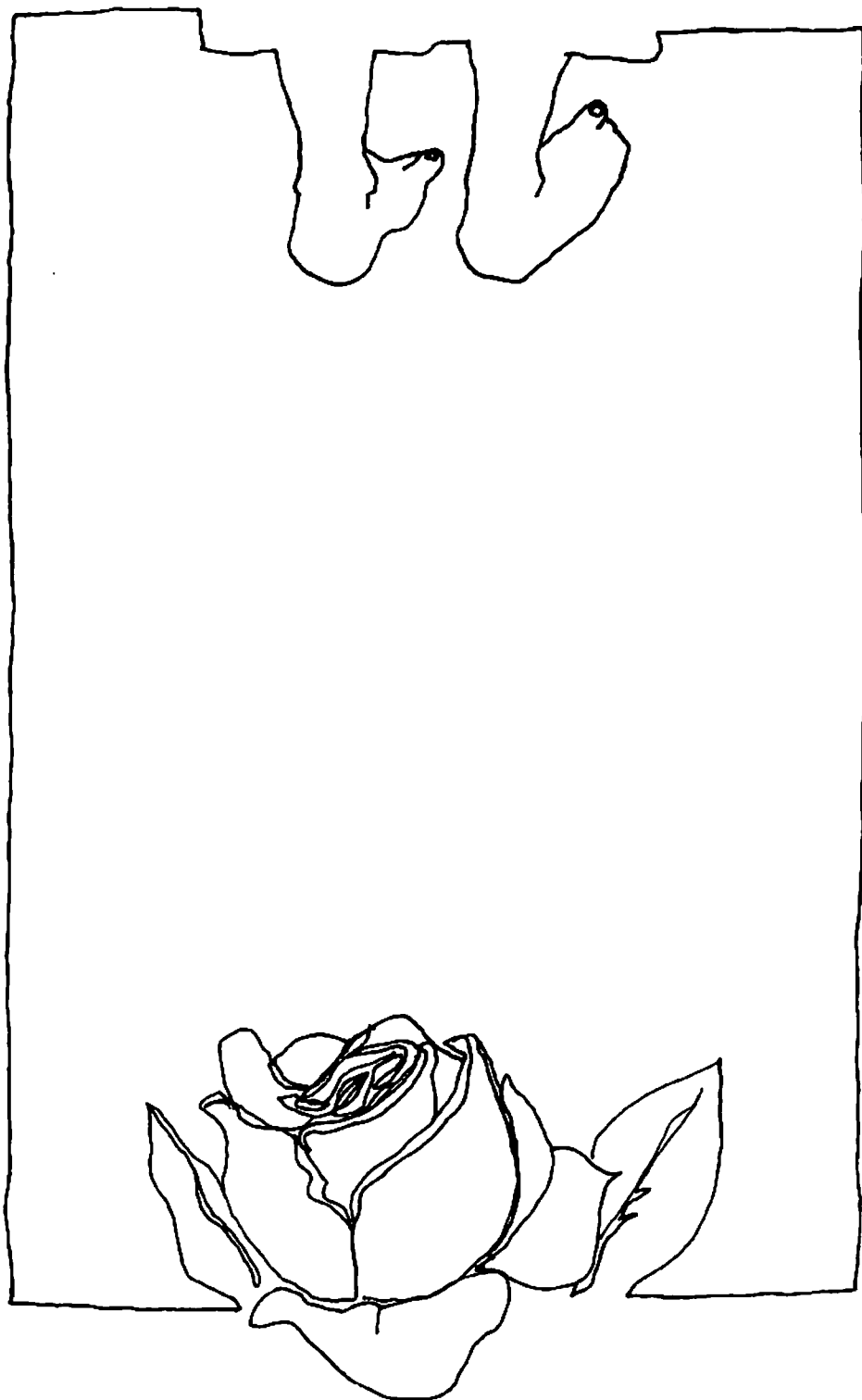
cripción memorable, en oro ardiente, sobre las playas de la historia reciente de su ciudad de origen, Chetumal. Es una suerte de epopeya lírica, áspera, adolorida, tejida con imágenes fidedignas, violentas, con las que el poeta relata, describe los heroísmos cotidianos y anónimos, el combate de personas que aún están en nuestra sangre contra las fuerzas siniestras que la naturaleza desata sobre los vanos y frágiles empeños de la tribu humana.

Sentimos pues que en los libros vividos, y en los textos citados, nuestro poeta ha cumplido un ciclo lírico completo, y que hoy inicia otro, precisamente con *Animales sin fábula*. En los libros de horas y oraciones de este poeta perdura y alienta una tradición áurea, una memoria, una larga herencia de voces poéticas sin las cuales nuestra historia literaria y espiritual sería distinta.

En el camino recorrido por el poeta están muchas presencias esenciales: Darío, Eliot, Cernuda, Sabines, Efraín Huerfano, José Emilio Pacheco, Efraín Bartolomé, Luis Miguel Aguilar; los trabajos del ensayista y del crítico, la investigación literaria; la promoción y la búsqueda de las palabras verdaderas y los poemas del otro, de los libros necesarios. También la acre sabiduría de los epitafios griegos y de los epigramas latinos. La batalla, en suma, como poeta y como crítico, contra las voces fingidas.

Este es el momento en que aparece *Animales sin fábula*. Y así es como cuelgan del balcón los poetas astros (poetas-ros). Pues el libro despliega una demolidora sátira contra los poetas cívicos, los poetas cínicos, los poetas folklóricos, los poetas furtivos, los poetas undívagos; y contra los poetas pavos y los poetas patos.

Debo poner aquí unas palabras de Efraín Bartolomé que expresan un juicio certero y que fueron leídas, como este textículo, en la presentación de *Animales sin fábula*: "En riguroso verso de arte menor, Juan Domingo Argüelles se ensaña (...) se lanza contra los poetastros, los poetitas y los poetones; contra las estatuas y sus forjadores, contra los presidentes y los gobernadores, contra los periodistas, contra los profesores (...) Crítica de costumbres en el zoológico literario. Sátira feroz. Crítica mordaz. Esto



hace Juan Domingo Argüelles en *Animales sin fábula*. Y lo hace tan bien que casi siempre pensamos que se refiere al vecino, al compañero del asiento de al lado. Entonces reímos con más ganas. Hasta que, de pronto, algo nos hace vernos en el espejo irrisorio. Sobreviene el desasosiego. Y la lección moral adquiere su alto sentido”.

Animales sin fábula es un libro con destino: habrá de estremecer y de irritar a nuestro mundillo literario: ese “circo de innumerables pistas”, como le llama José Emilio Pacheco, en el que abundan las bestias pintorescas, las fieras mansas, los domadores a ultranza, los prestidigitadores y equilibristas, los prosistas exquisitos, pero sobre todo los payasos y los monos parlanchines, los pedagogos oficiales.

En este libro no encontraremos nombres y lugares específicos. Pero, seguramente, el malicioso lector reconocerá personas, sitios, calendarios, horarios, itinerarios, ceremonias y programas oficiosos. La provincia mexicana no comienza necesariamente en Cuauhtitlan, Toluca o Cuernavaca. El mismo DF es aldeano, municipalido; es aldea grandota, globalizada y globalizante. Preguntando (y escribiendo), aunque algo cansados, llegaremos a Chalma.

Para no caer en el humorismo involuntario de la melancolía crítica: en los consabidos tonos del crepúsculo interior, “la reserva” y “el pudor” con que célebres estudiosos caracterizan el alma poética nacional, tomemos por asalto el cielo gozable de algunos poemas del libro.

De “El bardo Margarito”, ánima bendita de nuestros panteones literarios regionales, Juan Domingo dice: “No hubo peor poeta que Margarito Flores, / y atormentó a los niños con sus zalamerías / que él y los profesores / llamaban *Poesías*. / Confiaba en el futuro y en honras imponentes: / soñó con una estatua coronada de flores” (...) “Todos los que le odiamos sufrimos la tortura / de recitar sus versos en todas ocasiones”. Y a modo de moraleja: “Merecía más odio, pero el piadoso olvido / cubrió su anonimato de negra inexistencia”.

En profiláctico “Acuse de recibo” el poeta se exaspera ante un ominoso paquete de libros insustanciales enviados a él para su reseña, y declara: “No padeceré a nadie si no quiero: / necesario es vivir, y no es preciso / sufrir por cortesía y por esmero, / por disciplina fiera y compromiso. / Vayan, pues, al rincón de telarañas, / los libros insufribles recibidos: / que sirvan para algo

a las arañas / en el mejor lugar de los olvidos”. Esta rebelión intelectual contra los “demasiados libros” tuvo antes una versión estoica en el libro *A la salud de los enfermos*.

Salta jovialmente a la vista un breviario cultural sobre los “Ex marxistas” redactado en precisos dísticos. Vayan cuatro mancuernas de muestra: “Los ex marxistas tienen pasados muy dialécticos: / ayer eran marxistas, hoy son eclécticos;”... “ayer pertenecían a la clase explotada, / hoy explotan incluso a la criada; /... “hoy tienen propiedades, cuentas bancarias, / ayer enarbolaban banderas libertarias;”... “ayer les parecía poco la democracia, / hoy menean el rabo con mucha gracia”. Así, el lector podrá establecer nexos y enlaces para contemplar mejor nuestra jungla cultural.

En otro sitio Argüelles relata el alegórico tema de un emblemático flamenco, que nos hace evocar, por contraste, el corrosivo espíritu baudeleriano. Tradicional ornato de zoológicos y enciclopedias, al igual que los cisnes, estas aves heráldico-literarias a pesar suyo, hacen aflorar el sarcasmo poético: “En la televisión / vi volar los flamencos, / elegantes y hermosos / sin duda ni distinguo; / anunciaban cerveza, / parecían dichosos / de ser ahí en el aire / bellos y majestuosos. / Pero nunca me olvido / del maltrecho flamenco / que miré en un zoológico / cualquier día domingo”. Todo animal, toda fábula reclama una moraleja. Juan Domingo asevera “que los poetas mienten / cuando describen cosas / que tan sólo presienten”. Y cierra la alegoría (¿o apólogo?) con acerado estilo: “Quien jamás haya visto / un flamenco roñoso, / lógico es que concluya / que es siempre muy hermoso; / caso contrario el mío, / del cual guardo el recuerdo / de un ave desplumada / tan limpia como un cerdo”.

Un crítico reconocido, se dice, es por lo general poeta, actor, dramaturgo o novelista fracasado. Yo prefiero ser un crítico derrotado por la realidad cultural. Y quieran los dioses, oh lector, que Juan Domingo Argüelles no me (nos) retrate alguna vez en sus feroces estampas alegóricas.

De lo que podemos estar seguros es que hay mucho paño que urdir y que bordar por parte de Juan Domingo en esta nueva hora de su obra poética, tan enconadamente viva.Δ

Juan Domingo Argüelles, *Animales sin fábula*, UAM, Col. Molinos de Viento, México, 1996.